

Muntadas

About Academia

Antonio Collados Alcaide (ed.)

Universidad de Granada

Índice

- 10** **Presentación**
Antonio Collados Alcaide
- Seminario About Academia**
- 15** **Documentación audiovisual**
- 21** **Artículos**
- 22** Epistemologías críticas para el Netflix académico
Rosa Benéitez Andrés
- 34** Nuevos vocabularios y epistemes para pensar la
Universidad. Resistencia: los estilos de la teoría
Azucena G. Blanco
- 42** Una compañía de saberes
Vicente Sanfélix Vidarte
- 52** Ser investigador y profesor de ética en tiempos
del «publica o perece»: ¿hacia una deseable (des)
colonización de las métricas?
Ramón A. Feenstra
- 62** La agonía de la universidad franquista
Miguel Amorós
- 68** Pueblos del saber. Sobre la destinación social de las
prácticas académicas en la universidad neoliberal
Jordi Carmona Hurtado
- 80** La universidad y su sombra
Max Hidalgo Nácher
- 100** Conspirar (en) la Universidad. Notas desde una filosofía
jurídica plebeya
Daniel J. García López

- 110** Propuesta a futuro: contra la separación política entre «bellas» artes y oficios
Aurora Fernández Polanco
- 128** Academia: pensar un sitio para pensar
Natxo Rodríguez Arkaut
- 138** La relevancia social de la investigación en las ciencias humanas y sociales
Julia Olmos Peñuela y Elena Castro Martínez
- 156** Corazonar para sobrevivir dentro de la Universidad. Investigaciones colaborativas
Aurora Álvarez Veinguer
- 168** Anarchivar lo barroco, entender no entendiendo la catástrofe
Ángel Luis Lara
- 182** Territorializar la Universidad: experiencias desde el movimiento de mujeres organizadas de la Universidad Nacional Autónoma de México 1919-2021
Márgara Millán Moncayo
- 194** De rebeliones científicas e indígenas en la emergencia climática
Mauricio Misquero, Josefa Sánchez Contreras y Alberto Matarán Ruiz

Grupo de estudio About Academia: los estudiantes

- 210** Laboratorio Permanente de Política Cultural Universitaria
Jésica Domínguez, Ignacio Amilivia, Carmen Sousa Pardo, Giorgía Van, Fernando Bayona, Elena Lara, Daniel Medina, Louise K. Houtman, Jesús Palenzuela y María Isabel Puerto

Pueblos del saber. Sobre la destinación social de las prácticas académicas en la universidad neoliberal

Jordi Carmona Hurtado

Bio Jordi Carmona Hurtado ejerce, desde 2020, como profesor de Estética y teoría del arte en el departamento de Filosofía I de la universidad de Granada. Anteriormente se doctoró en Paris VIII y la Universidad Autónoma de Madrid, antes de marchar unos años a la universidad brasileña. De entre sus publicaciones, cabe destacar: *Paciencia de la acción. Ensayo sobre la política de asambleas* (Akal, 2018); *Cómo matar a la muerte. Agustín García Calvo y la filosofía de la contracultura* (La oveja roja, 2022). Además de su labor docente, investigadora y ensayística en nombre propio, ha formado y forma parte de diversos colectivos artísticos y políticos.

«El movimiento obrero nos legó una palabra nueva,
la palabra solidaridad».
John Berger

«Hay que darle al pueblo lo suyo».
Federico García Lorca

Permítanme que introduzca un poco a la fuerza, desde el título mismo de estas aventuradas consideraciones, casi como una cuña, esa palabra «pueblo», un poco vulgar, apenas ilustrada, incómoda y pasada de moda, quién sabe si un poco hueca y vacía, o un tanto residual y vetusta. Espero que vayan entendiendo por qué. Con justicia sería calificada como «populista» toda operación de discurso que tratase de oponer un «saber popular» a un «saber académico». Las imágenes del saber del pueblo, tanto como las de su ignorancia, suelen remitir además a estereotipos muchas veces creados por los señores y señoras de la Academia, quienes se dedican exclusivamente al saber, y no por las gentes del pueblo llano, normalmente ocupadas en otros menesteres que tienen más que ver con ir sobrellevando como buenamente pueden las urgencias de la existencia. Sin embargo, ¿hasta qué punto se pueden evacuar completamente, cuando nos preguntamos por la Universidad, las cuestiones que tienen que ver con la relación de las prácticas académicas con el pueblo o con los pueblos, o con la vocación social del saber? Poniendo en uso esta palabra «pueblo» no nos interesa reivindicar un afuera de la academia sustancial, sabio o ignorante, sino interrogar cómo la producción académica no deja de relacionarse con un afuera no sustancial, real aunque indeterminado, al que esta producción en cierta medida responde, y también en cierta medida constituye. En estas breves consideraciones, no nos interesa por tanto el saber popular, sino más bien los pueblos del saber. Nos interesa, más generalmente, plantear la relación de la academia actual con cierta posibilidad crítica que podemos llamar «pueblo».

Si usamos «pueblo» y no «sociedad» es también porque nos parece que en la primera palabra habita precisamente una posibilidad crítica que en la segunda hoy en día está totalmente ausente. Ciertamente, la pregunta por el pueblo o los pueblos del saber hoy en día ni siquiera se plantea. Hay tal vez para esto dos motivos principales. El primero tiene que ver con la presuposición, hoy en día consensual, de que la Universidad ya está plenamente conectada con la sociedad. Si la pregunta por el destino social de las prácticas académicas no se plantea, entonces, es en primer lugar porque en realidad se presupone que este destino ya está sellado desde el principio

en nuestra época. La pregunta, como suele ocurrir, no aparece porque la respuesta en realidad ya está dada, y los actores académicos la aceptan como un presupuesto mismo de sus prácticas. Así, en los países en que el neoliberalismo está más avanzado, las patentes y «transferencias de conocimiento» a empresas son el único lazo directo que liga la producción académica con la sociedad. Los profesores son evaluados según ese criterio, así que están obligados a hacer este tipo de transferencias de conocimiento al capital. Pero cuando la Universidad se relaciona así en sus prácticas con la sociedad, ciertamente acepta las premisas ideológicas mediante las que se estructura esa misma sociedad. La Universidad, en esas condiciones, asume lo que Mark Fisher ha llamado una actitud de «realismo capitalista» (2016), y subentendiendo que su única misión social consiste en contribuir a los fines civilizatorios del neoliberalismo, sin interrogar si estos fines son justos, libertadores o al menos vitalmente sostenibles.

70

Entonces, el primer motivo de que la pregunta por cuál es o cuáles son los pueblos del saber ni siquiera se plantee hoy en día es esta especie de tendencia a una identificación, a un solapamiento entre las lógicas y ritmos de la sociedad neoliberal y los de la producción universitaria. Pero si la cuestión del pueblo no aparece en la Universidad, también es, más generalmente, porque en las sociedades en que vivimos esa cuestión tampoco aparece. El neoliberalismo tiende a constituir el pueblo como «masas de individuos», según la expresión de Agustín García Calvo (1993). Ya no se ejerce una autoridad sobre los súbditos, como en las sociedades disciplinarias analizadas por Foucault, sino que se gestiona a los libres ciudadanos. La nueva manera que el capitalismo tiene de conducir a las masas es convencerlas de que son individuos completamente únicos e irrepetibles, como estrellas de cine o más bien concursantes de *Big brother*, que ejercen ese derecho universal a los cinco minutos de gloria que reclamó Warhol. Mediante las redes sociales virtuales, la vida cotidiana, en todos sus detalles más ínfimos y sus aspectos más anecdóticos, se espectaculariza y se transmite sin cesar. El neoliberalismo fomenta este tipo de individualización de masa, muy acorde con la tradición liberal del ciudadanía y con las políticas clásicas de control social, que tanto Foucault como Rancière han llamado «policía», extendiendo el uso habitual y reconectándolo con los orígenes de esa institución.

Sin embargo, para el sujeto emprendedor, que también es un individuo único e irrepetible, con su propia imagen, su DNI y su huella dactilar absolutamente insustituibles, la vida tiende a presentarse como un mercado incesante, una competición insufrible que causa ese malestar hoy en día tan generalizado. La universidad, en este aspecto, cuando multiplica las

situaciones de evaluación, cuando fomenta que todo estudio y aprendizaje se ordene al objetivo de la nota, no contribuye precisamente a poner en marcha otras formas de subjetividad o posibilidades de subjetivación alternativas a las neoliberales. Durante la reciente pandemia pudimos experimentar también, debido a lo que Flavia Costa ha llamado un «shock de virtualización» (2021: 15), el modo en que estos sistemas de educación virtual tienden a perfeccionar, automatizándolos, procesos de control en los que el «factor humano» podía todavía dejar resquicios de posibilidad de imperfección.

Pero esa identificación entre la lógica y los ritmos de la producción universitaria y los de la sociedad neoliberal hoy dominante hacen que la Universidad falte profundamente a su vocación, pues la crítica tiende a volverse imposible. Y no es extraño que tienda a desaparecer toda la tradición del pensamiento crítico en las universidades actuales, o a sobrevivir en espacios muy marginalizados. También ocurre que, cuando esta tradición crítica sobrevive, lo hace como una tradición muerta, momificada, que solo se estudia para aprobar exámenes, que solo se pone en práctica en los propios rituales académicos. Pero lo que brilla por su ausencia es una interrogación de la sociedad actual desde una academia capaz de heredar (y por tanto, también, de deconstruir y construir de nuevo, a la altura de la situación actual) la tradición crítica. *Falta la crítica, precisamente porque el pueblo falta.* Y es que la cuestión del pueblo y la de la crítica están irreversiblemente ligadas. Para que haya la más mínima posibilidad de una situación crítica, en los términos más generales que podamos concebir, lo primero es suscitar una separación con respecto al objeto criticado. De ahí que la posibilidad de cualquier crítica hoy en día pase por comprobar hasta qué punto la Universidad actual es capaz de separarse o de desidentificarse de las lógicas que rigen la sociedad neoliberal, desde sus prácticas mismas.

Ciertamente, esta ausencia de crítica de la que hablamos aquí no implica que no se investiguen todo tipo de asuntos en la Universidad, ni que esta no garantice la libertad de investigación o la pluralidad de enfoques epistémicos. Las universidades actuales dicen muchas cosas, dicen cosas muy diferentes y existe, de hecho, una gran diversidad de puntos de vista críticos en la producción científica y académica (de género, poscoloniales, marxistas, ecologistas, etc.) Pero las cosas que las universidades hacen y las cosas que hacemos los actores académicos no suelen ser tan diversas ni tan diferentes: la mayor parte de las veces, rituales estandarizados que se repiten sin cesar, y cuya principal motivación es responder a exigencias de evaluación de la carrera docente e investigadora. Así, la universidad se cierra sobre sí misma, en una falsa autonomía que se parece más bien a un

ensimismamiento, que permite que sea capturada todavía mejor por las lógicas neoliberales de las élites.

En este punto, podemos retomar una vieja distinción que Walter Benjamin realizó en su discurso *El autor como productor*, de 1934. El contexto de esa intervención, en el que convivía el entusiasmo de los primeros años de la revolución de Octubre y la angustia frente al fascismo ascendente, era opuesto al nuestro, y los debates sobre la destinación social del saber, o sobre la posible contribución del intelectual a los combates por la emancipación social, no solo existían sino que eran abundantes y de vibrante intensidad intelectual. Benjamin, en esa ocasión, oponía los intelectuales que solo se solidarizaban con las luchas del proletariado en las ideas, sin alterar las formas mismas en que se daba su práctica intelectual, a los que se mostraban solidarios con el proletariado al nivel de los medios mismos de su producción intelectual. Esta segunda actitud, que Benjamin piensa a partir de modelos rupturistas de la época como el periodismo de combate de Tretiakov o el teatro épico de Brecht, resulta la única realmente efectiva desde el punto de vista del materialismo histórico. Se trata de cierta práctica de producción intelectual que no solo alimenta cierto medio de producción, sino que lo altera, lo «refuncionaliza», según la expresión de Brecht. Esta refuncionalización permitiría que lo que era herramienta de dominio de las clases pudientes se vuelva arma de emancipación de los desposeídos.

72

La distinción de Benjamin, entre una solidaridad que se practica al mero nivel de las ideas y una solidaridad que se sitúa en el nivel de los medios de producción, nos remite de nuevo a la cuestión de las prácticas, a la que Foucault también ha contribuido tanto a dar una visibilidad epistemológica. Nos invita a dirigir la mirada no tanto a los discursos y metodologías diversas, sino a las prácticas académicas mismas. ¿De qué manera, desde nuestras prácticas, nos limitamos a alimentar la adhesión de la universidad al neoliberalismo? ¿En qué medida, en nuestras prácticas mismas, podríamos producir una refuncionalización de nuestra función, en un sentido de solidaridad efectiva con los desheredados del neoliberalismo? ¿Y qué espacios de liberación son susceptibles de ser inventados por los actores académicos, a este respecto?

Pero estas preguntas solo cobran sentido si se tiene en cuenta que los límites de esa libertad de invención resultan claramente delimitados por las evaluaciones a las que los docentes están sometidos y, más generalmente, por el aspecto profesional o burocrático de la actividad académica. Si existe algo así como una libertad en la vida académica, no es una libertad que se dé en un espacio de posibilidades infinitas, sino más bien en el espacio

de cierta precariedad laboral, que limita mucho las posibilidades de acción de lxs docentes. Esta precariedad, por otra parte, funciona como medio de disciplinamiento extremadamente eficaz de la actividad académica. Pues la libertad académica no es tal cuando se debe corregir por encima de cierta cantidad de exámenes, cuando se es responsable de la evaluación de más de cierta cantidad de alumnos, cuando se encadenan contratos temporales, cuando los cuidados que los profesores realizan no se consideran parte de la jornada laboral, cuando las evaluaciones a que están sometidos suponen una cantidad enorme de trabajo burocrático, alienante y agotador.

Y aquí es donde aparece el segundo aspecto de la cuestión que queríamos plantear. Pues si hoy en día el papel de la destinación social de la actividad académica no se plantea, si no se plantea la pregunta por el modo en que nuestras prácticas intelectuales no dejan de responder a un afuera y no dejan de constituir ese mismo afuera, no solo es porque se supone que la respuesta ya está dada (pues no habría afuera real, y la universidad no sería más que otra empresa, un sector especializado de producción de la sociedad neoliberal, una institución normal más de ese tipo de sociedad). No solo es porque, en nuestra sociedad, se nos trate de convencer incesantemente de que no hay pueblo ni hay clases, ya que no habría más que individuos en competición los unos con los otros, según unas célebres declaraciones de Margaret Thatcher. Y es que el neoliberalismo solo pudo acceder al poder destruyendo la obra del movimiento obrero, destruyendo las formas de solidaridad de clase y entre los pueblos que este había creado. Pero no solo es que se nos trate de convencer sin cesar de que no hay pueblo ahí afuera, sino que, en esta identificación entre la universidad y los fines de la sociedad neoliberal, parecería en todo caso que si hay pueblo, ese pueblo ya estaría adentro desde el principio. Desde esta segunda perspectiva, el círculo de la identificación entre academia y sociedad se cierra de nuevo, en la otra dirección, hacia adentro, hacia una autonomía que hemos llamado más bien «ensimismamiento».

Aunque sin duda, ciertamente, y a pesar de que esto tienda a ocultarse o a experimentarse de manera clandestina, hay mucho pueblo en la universidad. Las condiciones laborales de gran parte del profesorado universitario no se parecen en nada a las del intelectual bien establecido en la burguesía, típico del tiempo en que escribió Benjamin. El académico, hoy, suele ser también un trabajador precario. Antaño, se suponía que la Academia era un espacio consagrado al ocio y al paseo peripatético; hoy en día, no se hace en ella más que trabajar y correr sin cesar de un lado a otro. Y sin embargo, algo tal vez queda de ese ocio, un resto invisible de ese ocio, pero esta vez bajo la condición y la forma de un trabajo. En medio de las lógicas

neoliberales de la universidad actual, la academia «popular» tal vez sea la academia precaria, en que se vive una nueva relación entre el ocio y el trabajo. Los verdaderos actores académicos, en este aspecto, son aquellos capaces de arrancar ocio al trabajo, aun en las condiciones más precarias que se pueda imaginar. Son los «entusiastas», una condición de la vida intelectual extremadamente paradójica que combina la plenitud creativa y la auto-explotación, tan bien analizada en todos sus matices y vaivenes subjetivos por Remedios Zafra.

Desde un punto de vista de clase, esta relación también resulta estremecedoramente paradójica. En las trayectorias de los profesores procedentes de familias de clase obrera, hubo un momento crucial en que «llegamos» a la Universidad. Nadie nunca en nuestras familias había estudiado siquiera en la universidad; así que alimentar la ambición de enseñar en ellas parecía como intentar un doble salto mortal, y desde luego sin red. Algunos, solo unos pocos escogidos entre los escolares de clase obrera de entonces llegábamos a la Universidad, quién sabe por qué caminos torcidos, pero la mayor parte se quedaba «en el camino», como se dice, por razones diversas y no siempre dignas de conmiseración. ¿Pero qué significa «llegar» a la Universidad? ¿Una aspiración de ascensión social que se ve finalmente satisfecha? ¿La existencia reconciliada de quien logra sus sueños y vive en el paraíso neoliberal del éxito? Sin duda, y más que ninguna otra cosa, significa simplemente una vocación que logra sostenerse en el tiempo y encontrar los medios materiales de ejercerse. Pero también, aunque algo *llegue* a la Universidad, algo sigue sin llegar. No *llegamos* realmente. Aunque no supiéramos muy bien lo que buscábamos, desde luego no era eso, no era el éxito individual, por otro lado muy relativo, más de supervivencia que otra cosa. Pues tampoco está nada claro, en la sociedad neoliberal, y más allá de aquellos que hayan sido mordidos fuertemente por una vocación, que la profesión académica sea en algún aspecto envidiable.

El problema de muchas consideraciones actuales sobre la precariedad en la Academia es que tienden a mirar solo hacia adentro, hacia ese pueblo interno a la universidad, y ni siquiera al pueblo entero de la universidad (estudiantes, técnicos, personal de limpieza y de servicios...), sino solo al de los actores académicos. Pero quienes «llegamos» a la Universidad, y especialmente quienes nos quedamos en ella ejerciendo luego la profesión académica, también podemos elegir responder ante todos esos que no llegaron. No está nada claro qué formas podría adoptar esta respuesta, cómo sería posible que nuestro trabajo académico tenga en cuenta a ese pueblo que no pudo o no quiso llegar. No está nada claro, desde luego, que ese pueblo sea siempre digno de admiración. Pero el ejemplo del pueblo de

«los que no llegaron», el ejemplo del pueblo de la clase social de la que procedemos, y de la que tampoco hemos salido por completo, nos muestra cierto afuera de la universidad. Sin embargo, solo es un ejemplo, y ciertamente, cada uno, cada una tiene sus ejemplos de pueblo, tiene sus pueblos. Pero lo importante es que cada uno de esos ejemplos señala un afuera de lo que hacemos, que nos puede permitir orientarnos. Lo común es la herida, el desgarramiento o el desclasamiento, y cada uno lo lleva a su manera. Pero ese desgarramiento también es índice de un afuera, y puede así permitir reimaginar prácticas que desvíen la producción académica de los fines del neoliberalismo.

Aunque hoy se diría, en la España democrática que también consiguió en cierto momento *llegar* a Europa y al primer mundo, que todo el mundo llega, que cualquiera llega a la universidad, lo que incluso se ha vuelto un problema para muchos miembros de la Academia, que consideran que no todo el mundo debería perder el tiempo estudiando, y que la mayoría de estudiantes harían mejor en seguir directamente algún tipo de formación profesional. Esa misma universidad que sirve a los fines de la sociedad neoliberal y se identifica con sus ritmos de su producción, que disciplina la libertad académica fomentando la precariedad de los profesores, no tiene al menos el defecto de ser elitista, o al menos tiende a ser menos elitista que la universidad burguesa. Este avance democrático es completamente real, y hay que enunciarlo claramente. Hay pueblo en la Universidad, entre los profesores y profesoras precarias, pero también hay pueblo entre los estudiantes. Todavía hay algo de pueblo que sigue filtrándose cada año en la universidad, especialmente entre los estudiantes recién llegados, antes de que se produzcan las sucesivas cribas. Especialmente entre aquellos y aquellas que no vienen de familias educadas, que no saben muy bien lo que quieren exactamente al venir a la universidad, que anda algo perdidos sobre qué van a hacer en general con su vida, pero que al mismo tiempo también leen, también escriben, también buscan. Son estos fragmentos de pueblo, estos rescoldos de pueblo que no aparecen en la imagen que la Universidad se hace de sí misma, como una nebulosa de pequeñas inadaptaciones prácticas, los que habría que cuidar y proteger especialmente, si queremos una universidad habitada, realmente democrática. Una universidad que garantice y vigile el cumplimiento del derecho democrático al estudio, la investigación y el saber, y no solo asegure una selección que permita la reproducción de las élites sociales. Una universidad que suscite, de este modo, la proliferación en la academia de pueblos del saber, como múltiples relaciones libres entre el adentro académico y el afuera social.

En la práctica habitual de la universidad neoliberal, se entiende la actividad docente a partir de cierta imagen de un especialista con cierto capital

cultural que imparte un contenido valioso a un cliente que no lo posee. Se trata de una venta, de nuevo, de cierta transferencia de capital científico que se mide en horas y se cuenta en créditos, por la que los alumnos-clientes deben pagar en consecuencia cierta cantidad de dinero. Sin embargo, desde el punto de vista de los pueblos del saber y de la vida social afectada por las prácticas académicas, la vida académica se parece mucho más al estudio que a la docencia. El estudiante es antes que nada un investigador, movido por cierto *eros*, y la comunidad académica es una comunidad de investigadores que es también comunidad erótica, como muestra también Walter Benjamin en otro de sus textos, un texto de juventud llamado *La vida de los estudiantes*, publicado en 1915. El saber no se vende, sino que se comparte gratuitamente, como se comparten preguntas, curiosidades y perplejidades. Y no hay un gran salto cualitativo entre el estudio y la docencia, sino que quien investiga, en cierto momento y de manera completamente natural, empieza a tener algo que enseñar por su cuenta. Por eso el profesor es ante todo estudiante, buscador, deseante de un saber, filósofo. Pero la vida del estudio no solo es esencial y es la sustancia misma de toda vida académica, incluso históricamente desde las primeras universidades medievales que se organizaban en torno al *studium* (la lectura, principalmente), sino que también la vida material del estudiante, especialmente, lo es. La importancia de los estudiantes, para Benjamin, es que están llamados a comunicar, precisamente, el adentro con el afuera, la vida social con la vida académica. Y aquí vemos claramente esta conexión entre la vida de los estudiantes y el pueblo, el pueblo de la academia y del saber:

76

«Los estudiantes deberían rodear la universidad, que comunica el saber y los atrevidos pero exactos ensayos de nuevos métodos, como el rumor del pueblo rodea difusamente el palacio del príncipe, para que la universidad sea la sede de una permanente revolución espiritual, el lugar donde se incuban y preparan esas nuevas preguntas, más extensas, oscuras e inexactas que las preguntas científicas, pero también a veces más profundas. Habría que considerar al estudiantado en su función creativa como ese gran transformador que con su actitud filosófica transporta y conduce las nuevas ideas, que antes que en la ciencia surgen en el arte y en la vida social, para convertirlas en preguntas científicas». (2007: 85)

El estudiantado, para Benjamin, es el pueblo de la academia, y solo si nuestras prácticas académicas son capaces de escuchar y de dejarse atravesar por ese «rumor del pueblo» de la vida de los estudiantes, serán capaces de vivir en una «permanente revolución espiritual». Los estudiantes son realmente el pueblo de la universidad, no solo porque permiten que nue-

vas preguntas se abran paso en la vida científica, como señala Benjamin, sino también en el aspecto de que no dejan de interrogar el sentido de las prácticas académicas mismas: ¿para qué sirve lo que me enseñan? ¿qué relación tiene con la vida? ¿qué relación tienen mis problemas, o los problemas de mi sociedad, con los problemas de la historia de la filosofía?, etc. Los estudiantes son el pueblo del saber en el sentido, finalmente, de que enraízan el saber en la vida social, más allá del mero espacio académico.

Sin embargo, es preciso percibir hasta qué punto esta condición de una universidad democrática, que se abre a estudiantes de todas las condiciones sociales, choca con los fundamentos mismos de la academia. La palabra «academia», en su origen, fue el nombre que Platón dio a su escuela, una escuela en que se formaban básicamente futuros gobernantes. Esta universidad no estaba abierta a cualquiera, sino que para entrar había que saber geometría, que para Platón era la ciencia noble por excelencia. Por eso, y de nuevo según la imagen de Benjamin, la academia ha sido tradicionalmente en nuestras sociedades «el palacio del príncipe». Y tal vez, la revolución espiritual permanente de la que habla Benjamin, las múltiples relaciones entre el pensamiento y la vida social que un estudiantado consciente sería capaz de producir, no sería posible sin producir algunos trastornos del dispositivo académico mismo que hemos heredado: ciertos tumultos en el palacio del príncipe.

77

Para terminar estas breves consideraciones, me gustaría referirme a ciertos tumultos que cierta vez se produjeron en la universidad española, ciertos acontecimientos de los que apenas hay memoria en nuestro país. Se trata del movimiento ácrata estudiantil que fue llamado «el mayo del 68» español, y que Miguel Amorós ha estudiado en detalle (2018). Hay un texto que da cuenta de estos acontecimientos, firmado por un colectivo llamado Comuna Antinacionalista Zamorana, y que se llama *De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil*, de 1972¹. En él puede encontrarse uno de los análisis más lúcidos de la condición estudiante que nunca hayan sido escritos, tal vez solo comparable al del mismo Benjamin. El estudiante es considerado como el «clasificador» de la sociedad de clases; y su revuelta hace que la estructura social se desnaturalice por completo, las clasificaciones se disuelvan y permitan emerger algo vivo. Pero esto solo es posible a condición de que el estudiantado rechace someterse a evaluación; de ahí que la gran reivindicación de la acracia estudiantil fuese la abolición de los exámenes.

¹ Publicado en Madrid, por la editorial Banda de Moebius, en 1979

El «pronunciamento estudiantil» de los sesenta en la Universidad Central de Madrid fue uno de esos momentos de *putsch* del rumor del pueblo en el palacio del príncipe. El mismo Agustín García Calvo, que fue uno de los profesores que se involucró más a fondo en las revueltas estudiantiles, llegando hasta a ser expulsado de su cátedra en consecuencia, decía, sin embargo, que ese período fue el único en que la universidad estuvo realmente viva. Es decir, la universidad solo estaba viva en esos momentos en que buena parte de los estudiantes entendieron que la finalidad del estudio no era la evaluación, sino la creación de cierta forma de vida: una forma de vida consagrada al pensamiento, a la investigación, al análisis de la sociedad, a la reconstrucción de la vida. En esos momentos, la destinación social de la universidad se cumplía plenamente, pues, de la mano de los estudiantes rebeldes, el conjunto de instituciones franquistas (incluida la misma universidad) era sometido a análisis y crítica. El adentro dirigía toda su atención hacia el afuera, y ya no había diferencia real entre lo académico y lo social.

78

Que el estudiantado constituya el pueblo de la academia quiere también decir, en resumen, que el adentro está inmediatamente afuera; que nuestras prácticas no son solo académicas, sino también «clasificadoras», directamente sociales. La universidad solo está viva cuando garantiza la vida de los estudiantes. Y eso no en el sentido de algún asistencialismo, sino en el del derecho democrático al estudio. De ahí que escuchar, dejarnos atravesar en nuestras prácticas por el «rumor del pueblo» también implique una exigencia de garantizar la vida del estudio y la vida de los estudiantes en las instituciones en que actuamos. Sin embargo, la universidad neoliberal parece esforzarse más bien por lo contrario, por hacer desaparecer toda posibilidad de estudio insubordinado a la evaluación, mediante una infinidad de controles que suponen en la práctica una sobreproductividad asfixiante, y sin el menor interés. Eso sin contar con la infantilización que suponen los controles de asistencia a personas adultas, ni las tasas abusivas, o la lógica clientelar. Pero en este punto cobran todo su sentido las experiencias que podemos intentar de refuncionalizar nuestra función en un sentido social y emancipador, dentro de los límites de una libertad académica bastante precaria, y ahogada también por la sobreproductividad y las evaluaciones. Como en corrientes del tipo *slow professor* (2022) que hoy se defienden con tanta razón: ir más despacio, hacer menos, sin duda, adoptar otros ritmos, pero también probar diferentes modos, incluso estilísticos, de despegarnos del tipo de productividad obligada en el neoliberalismo. De ese tipo de experiencias y experimentaciones depende hoy la posibilidad de reconectar la práctica académica con diferentes afueras, con diferentes pueblos del saber; y por tanto de ellas depende también la existencia de una academia con capacidad real de intervención crítica en la sociedad.

Referencias

Amorós, M. (2018) *Los ácratas en la universidad central, 1967-1969*. La linterna sorda.

Berg, M. y K. Seeger, B. (2022) *The Slow Professor. Desafiando la cultura de la rapidez en la academia*. EUG.

Benjamin, W. (2007) «La vida de los estudiantes», en *Obras. Libro II/vol.1*. Abada.

Costa, F. (2021) *Tecnoceno*. Tauros.

Fisher, M. (2016) *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*. Caja Negra.

García Calvo, A. (1993) «Medios de comunicación de masas», *Archi-piélago*, n. 14

PUBLICACIÓN

Edita
Editorial Universidad de Granada

Edición
Antonio Collados Alcaide

Textos
Aurora Álvarez Veinguer
Miguel Amorós
Rosa Benítez Andrés
Jordi Carmona Hurtado
Elena Castro Martínez
Antonio Collados Alcaide
Ramón A. Feenstra
Aurora Fernández Polanco
Daniel J. García López
Azucena G. Blanco
Max Hidalgo Nácher
Ángel Luis Lara
Alberto Matarán Ruiz
Márgara Millán Moncayo
Mauricio Misquero
Julia Olmos Peñuela
Natxo Rodríguez Arkaute
Josefa Sánchez Contreras
Vicente Sanfélix Vidarte

Diseño y coordinación editorial
Patricia Garzón Martínez

Maquetación
Gema Rodríguez Vicente

Fotografías de la exposición
José Antonio Alborno

Documentación audiovisual
Raquel Botubol Rivera
Dana López-Astilleros Montoza

Impresión
Imprenta Comercial Motril,
Granada

ISBN: 978-84-338-7067-4
Depósito Legal: DL. Gr. 669-2023
© De la presente edición,
Universidad de Granada.
© De las imágenes, los autores

Organiza



UNIVERSIDAD
DE GRANADA

LA MADRAZA
CENTRO DE CULTURA
CONTEMPORÁNEA

10 | HORIZONTE
AÑOS | V CENTENARIO

Colabora



ARXIU/AM
Associació arxiu Muntadas
Centre d'estudis i recerca

Edita

